



## LA RISA DE SANTUGINI

DE BUEN HUMOR

**JOSÉ SANTUGINI**  
Pepitas de Calabaza  
Logroño, 2012  
260 páginas, 20 euros  
★★★★★

Nacido en Toledo el 12 de septiembre de 1903 y fallecido en Madrid el 11 de abril de 1958, la faceta más conocida de José Santugini es la de guionista cinematográfico. Firmó *screenplays* de películas tan justamente célebres como *Viaje sin destino* (1942), de Rafael Gil, o *La torre de los siete jorobados* (1944), de Edgar Neville –basada en la novela homónima de Emilio Carrere–, y colaboró muy estrechamente con el gran Ladislao Vajda, para quien escribió nada menos que siete guiones, contándose entre ellos *Carne de horca* (1953), *Mi tío Jacinto* (1956), *Un ángel pasó por Brooklyn* (1957) y *El cebo* (1958).

También se dio el lujo de dirigir una película, titulada *Una mujer en peligro* y estrenada en 1936, poco antes del estallido de nuestra Guerra Civil. Pero, además de experto urdido de guiones, José Santugini fue un estupendo humorista, y esa faceta era prácticamente desconocida para el lector de hoy.

Santiago Aguilar se ha encargado de subsanar olvido tan imperdonable publicando *De buen humor*, una amplia antología de la fina y moderna producción humorística de Santugini, distribuida en epígrafes temáticos y extraída de revistas desopilantes de los años veinte y treinta del siglo pasado, como *Buen Humor*, *Blanco y Negro* y *Cinegramas*. Una recuperación atinadísima.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

# RENUNCIAR AL AMOR



HACE CUARENTA AÑOS

**MARIA VAN RYSELBERGHE**  
Traducción de  
Regina López Muñoz  
Epílogo de Natalia Zarco  
Errata Naturae, Madrid, 2012  
85 páginas, 12,90 euros  
★★★★★

Maria Van Rysselberghe (Bruselas, 1866 - Cabris, Alpes Marítimos, 1959), cuyo verdadero nombre era Maria Monnom, fue una de las mujeres más fascinantes que ha dejado el periodo de la Belle Époque. Hija de una célebre editora de los más conocidos vanguardistas y simbolistas belgas de finales del XIX, con Émile Verhaeren y Georges Rodenbach a la cabeza, estaba destinada a ser la discreta sombra de genios de su tiempo. Tomó su apellido al casarse con Théo Van Rysselberghe, un conocido pintor neopresionista que plasmó en diversos retratos a toda aquella generación excepcional.

La autora «secreta» que sería durante años Maria pasó a la Historia por el curioso apodo de «la Petite Dame». De poco más de un metro cincuenta de estatura, fue durante años la más fiel e íntima amiga y confidente de uno de los astros más influyentes del pasado siglo:



**Sobre estas líneas, Maria Monnom retratada por su marido, el pintor Théo Van Rysselberghe (en la imagen inferior), de quien tomó el apellido**



André Gide. En torno a él, Maria comenzaría en 1918, hasta el fallecimiento del escritor en 1951, unos *Cahiers de la Petite Dame*, que llegarían a diecinueve en total, y que más tarde se convertirían en *Notas para la historia auténtica de André Gide*. Tal sería la amistad entre ellos que un homosexual reconocido como Gide, casado con una prima en lo que entonces se llamaba *matrimonio blanco*, decidiría un día tener descendencia y la elegida sería Elisabeth, la hija de su querida amiga Maria. De aquella pactada y discretamente consensuada unión nació la única hija del escritor, Catherine.

### Una pequeña joya

Con el tiempo, Maria Van Rysselberghe pasó a la Historia de la literatura gracias a una pequeña joya mucho más personal: el recuerdo de un amor imposible, aunque ardientemente correspondido, llamado a eternizarse a través de algo menos de cien páginas maravillosas tituladas *Cuarenta años después*. En esta memoria vibrante, poética, de una gran de-

licadeza emocional y expresiva, Maria narró una pasión nacida entre dos viejos amigos, a finales del siglo XIX, en una casita frente a una playa del mar del Norte. El era nada más y nada menos que el gran poeta belga de origen flamenco, pero expresión francesa, Émile Verhaeren (1855-1916), aclamado entonces en toda Europa y ardiente defensor del pacifismo durante la Primera Guerra Mundial.

Los dos amantes, cómplices en los más mínimos gestos, en miradas ardientes e imperiosas, en lecturas compartidas de la *Correspondencia* de Flaubert o de Baudelaire, nunca llegarían a consumar su enorme y volcánico amor. Felizmente casados, ambos tenían «una existencia plena y placentera» en sus respectivos matrimonios y amaban a sus parejas. Aún así, desde que se confiesan abiertamente sus sentimientos, se saben «los más fuertes» de los cuatro. «Nosotros debemos ceder... Piensa en el dolor que podríamos desencadenar –le dice él–. No solamente los haríamos infelices: ya nunca podrían creen en nada.»

### En lo más hondo

Ambos odian la trivialidad de las aventuras banales. De una extrema y parecida sensibilidad, en plena conciencia de la profundidad de su mutua adoración («no debemos atenuar lo que estamos sacrificando»), se entregan voluntariamente a la renuncia, preparándose para forjar un día el recuerdo futuro que no cesará de crecer a cada instante. Un recuerdo que hablará de ellos más que ningún otro en toda su vida y en el que previsiblemente seguirán viviendo eternamente, aún sintiendo en esos momentos «una necesidad devastadora» el uno del otro. Así se lo hace ver él: «Habrà que conservar todo esto intacto en lo más hondo de nosotros. Los corazones se robustecen con semejantes recuerdos».

Pasados cuarenta años, en 1934, una vez desaparecidos todos los que se podían sentir heridos («solo yo sobrevivo»), Maria se decide a publicar el testimonio de aquel breve e intenso amor que la marcó para siempre («nadie logró ocupar el espacio del que tú te adueñaste»). Un amor que, como decía en el bello comienzo de su relato, era precisamente algo más que eso: «No me decía a mí misma que lo amaba: él era, sencillamente, lo principal».

MERCEDES MONMANY

Printed and distributed by NewspaperDirect  
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.986.4040 Intern: 800.636.6364  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW